

Este texto pone atención en el video como recurso de apoyo a la educación. Rechaza la idea de que por el sólo hecho de estar en una pantalla algo es motivador y rico en posibilidades, y expone la necesidad de lograr productos que eduquen tanto por el tema tratado como por el uso del lenguaje audiovisual.

EL VALOR PEDAGÓGICO DEL VIDEO

Tecnologías alternativas en la escuela

La incorporación de tecnologías audiovisuales a la escuela fue intentada en más de una oportunidad en nuestros países latinoamericanos, con resultados no siempre buenos. El problema central pasa por la colonización que hace el discurso del aula de cualquier recurso incorporado a ella. Se tiende a dar clases con la imagen y se deja de lado su riqueza expresiva.

Esta propuesta se detiene fundamentalmente en el video como recurso de apoyo a la educación, tomando en cuenta sus posibilidades en tanto medio. La idea central gira en torno de la necesidad de lograr productos profesionales, que resulten educativos por el tema tratado y por el uso al máximo del lenguaje audiovisual.

No se excluye, por supuesto, otra línea de trabajo, pero sería muy importante para el Ministerio contar con una producción de ese tipo, a fin de habituar a los docentes al lenguaje que nos ocupa y de poder enviar los materiales a otros puntos del país.

El video educativo

Para referirnos al proyecto de video educativo, que actualmente encara Cultura, vale la pena revisar modos de percibir la producción y el uso de ese recurso en el contexto latinoamericano. Dos tendencias: el video como un elemento asimilado por la estructura discursiva del aula y el video como un elemento rico en posibilidades, por su lenguaje, por su específico juego de sonidos y de imágenes, para favorecer el aprendizaje.

La primera está muy presente en no pocas instituciones. Se trata de repetir los esquemas de la clase tradicional, pero ahora mediante un apoyo audiovisual. La creencia de que, por el mero hecho de salir en la pantalla, algo es más motivador y rico en posibilidades educativas, está bastante difundida. Sus raíces se encuentran en la década del 60, cuando se produjo en nuestros países el furor de los medios audiovisuales aplicados a enseñanza. Fue el tiempo de la compra de

grabadoras, proyectores de diapositivas y de cuerpos opacos, circuitos cerrados de televisión, cámaras fotográficas, entre otros equipos.

Durante más de 10 años, los países del Tercer Mundo fueron los principales consumidores de esas tecnologías. Pero su influencia no cambió gran cosa el sistema educativo vigente. Las innovaciones fueron asimiladas por la enseñanza tradicional y la capacitación para un uso innovador llegó a muy pocos docentes. Por esos tiempos, Piaget alertaba sobre los riesgos de un "verbalismo de la imagen", y los hechos le dieron la razón.

En la actualidad, la incorporación del video al aula corre el mismo riesgo. En efecto, si se busca sólo llevar información, como lo hacen la palabra del maestro y el texto, se puede perder el aporte que este medio hace desde su lenguaje y desde sus códigos. Cuando todo pasa por el afán de transmitir, queda en segundo plano el trabajo sobre dicho lenguaje y el resultado son malos videos.

Digámoslo de otra manera: la capacidad educativa del video pasa por la utilización al máximo de sus posibilidades comunicativas. Y esto supone una preocupación por los aspectos formales, por el manejo profesional de sus recursos, por la elaboración del guión.

Una de las quejas constantes de la escuela es la de la influencia de los medios de difusión colectiva en los niños. La experiencia ha mostrado que no se puede competir con aquéllos a través de malos videos. Si se piensa, además, que buena parte de los niños se ha apropiado del lenguaje de la imagen, a través de una constante exposición a la TV, no tiene mayor lógica el someterlos a videos cargados de información, presentada sin tener en cuenta todas las posibilidades narrativas de la cámara.

Hay, por supuesto, argumentos de un lado y de otro. Quienes insisten en el video como instrumento de enseñanza, a la manera del aula, señalan la urgencia de complementar la labor del maestro con materiales capaces de mostrar algún ángulo de la realidad. Hay tantas urgencias que no es válido esperar a la producción profesional para llenar las necesidades educativas.

Quienes apoyan la alternativa volcada al uso de los recursos expresivos del medio, insisten en que lo educativo consiste en hacer propuestas ricas en lenguaje, porque de ellas se aprende más, o porque resultan más motivadoras y abren el camino para un interés mayor por los temas del aula.

Muchas experiencias han dado la razón a la segunda línea; en educación los malos videos pasan mientras que una buena producción se mantiene mayor tiempo en escena, puede ser enviada a otros establecimientos, resulta más provocativa para orientar el aprendizaje.

Vale la pena un ejemplo. En Brasil la televisión comercial alcanzó tal grado de refinamiento expresivo y de difusión, que quienes se dedicaban (y se dedican) al video educativo, sea para las escuelas o para sectores populares, se vieron

obligados a producir materiales que pudieran competir con esa calidad al alcance de la población.

Insistamos de otra manera: la capacidad pedagógica del video pasa por la utilización al máximo de sus recursos expresivos.

El discurso institucional

Otra línea de acecho al video educativo es la del discurso institucional. Mediante esta expresión aludimos a un tipo de mensaje basado no en las necesidades y demandas de quienes dan sentido al proceso, los estudiantes, sino en el afán de mostrarse a la sociedad, de concentrar toda la expresión en la boca de un emisor privilegiado.

Demos un ejemplo: el típico video institucional en el que un locutor le pone voz a todo, y las imágenes sirven sólo para ilustrar lo que va diciendo. Se ofrece una realidad literalmente muda, que sólo adquiere sentido si es expresada por la voz del emisor privilegiado.

Una de las tendencias del discurso institucional es la de la *despersonalización*. Aun cuando en la imagen aparezcan seres humanos, aun cuando la cámara se acerque a un rostro, lo importante no son esos seres sino lo que la institución *dice* de ellos. De esta manera, el mensaje trabaja desde afuera de las situaciones, sin un involucramiento en las mismas. Hay una suerte de desconfianza en la capacidad de quienes son tomados como recurso para ilustrar la intención del emisor; en el fondo campea un afán pedagógico, se trata de expresarlo todo sin dejar la palabra.

Un camino para romper con las limitaciones del discurso institucional pasa por devolver la voz a la realidad y a quienes la viven. Pero esto siempre dentro de un enfoque profesional del trabajo, es decir, tratando de aprovechar al máximo los recursos expresivos del medio.

Lo narrativo

En video, y en cualquier otro medio contemporáneo, el discurso fluye o no fluye. Sucede esto último cuando se avanza lentamente, con tomas olvidadas del ritmo de la imagen en movimiento, con errores de encuadre y de edición, con desfases, y hasta contradicciones, entre la palabra, la música y lo visual; con un movimiento casi neurótico, en el intento de mostrarlo y decirlo todo en unos pocos minutos.

La capacidad narrativa significa un acercamiento a los perceptores. Y para ello es necesario partir de lo cercano a lo lejano. No se trata de mostrar situaciones y

vivencias radicalmente ajenas a la vida diaria, sino de vincularse al contexto de los destinatarios y recuperarlo a través de la cámara.

Para decirlo de otra manera: en el video lo lejano es el concepto, la propuesta educativa escolar, cuando de lo que se trata es de jugar con la presentación de experiencias y de situaciones, de las cuales pueden ser extraídos unos pocos conceptos y, sobre todo, motivos para profundizar en un tema.

Narrar el contexto, entonces, para partir de él hacia lo más lejano. No se trata de dar clases mediante la imagen, sino de acercar la vida y la experiencia al proceso educativo.

La investigación

Así como no es bueno improvisar con el lenguaje del medio, tampoco lo es el abordar un espacio social sin haber convivido con él, sin conocer al menos lo esencial de sus relaciones cotidianas y de los modos de encarar la vida, con todas sus alegrías y sus problemas.

El contexto no está allí para ser retratado sin más, es necesario entrar en él, dialogar con la gente, recorrer sus espacios, observar casi con el mismo detenimiento que la cámara.

Un buen programa se corresponde siempre con una buena investigación del escenario y de los seres que lo habitan. Ello no significa una tarea de diagnóstico de semanas o meses. Pero un mínimo de seriedad, y seriedad en video y en cualquier otro medio significa profesionalismo, obliga a reconocer y conocer a aquellos que alimentarán los mensajes.

Hablamos, en este sentido, de *investigación narrativa*: reconocer formas de discurso oral, códigos de relación, espacios de tránsito y de reunión, maneras de interpretar el propio contexto, maneras de percibirlo y de expresarlo.

Un video es más pedagógico si para elaborarlo se parte de una investigación de aquello que será recogido por la cámara.

Los límites

Como pensamos en video educativo, es necesario dejar fuera otros propósitos, por importantes que sean. Nos referimos al paisajismo, al deseo de recoger largos testimonios, al exceso de información. Un video educativo, entendido como motivación y como introducción a un espacio temático, deja fuera necesariamente mucha información. Por eso, su tiempo es el de un buen audiovisual: no más de 12 minutos.

En no pocas experiencias educativas, se somete a los niños a producciones de más de 40 minutos, sin darles ninguna tregua, en un intento de acumular datos y de mostrar todo un tema. Esto contradice las posibilidades de asimilación y de retención, con lo que se cae en el "verbalismo de la imagen".

El propósito es mostrar y recuperar situaciones útiles para el trabajo educativo, y a través de ellas llamar la atención en torno a un asunto central y a unos pocos conceptos, los que puede asimilarse y retenerse en un período no mayor del señalado.

La continuidad

Sobre la base de las consideraciones anteriores, se propone una producción de alrededor de 30 videos profesionales, en torno de los siguientes temas:

- la montaña
- el agua
- la tierra
- el subsuelo
- el arte y las artesanías
- las instituciones
- el pasado
- el clima y el viento

Una producción educativa requiere de una continuidad dada por características que permitirán un reconocimiento del estilo y de la manera de presentar temas y situaciones.

La continuidad se expresa en la locución, en el trabajo sobre los recursos expresivos, en el hecho de partir de lo cercano a lo lejano, en el acercamiento a la gente y en la recuperación de su voz, en la investigación narrativa, en la continuidad de la música (si es preparada en especial para cada producción, mucho mejor) y, si es posible, en la continuidad de un personaje.

En otras palabras: se trata de *dotar de personalidad* a todos y cada uno de los videos, a fin de lograr un sistema de identificación y reconocimiento por parte de los perceptores.

Si se logra la cantidad mencionada, mediante un trabajo profesional, el conjunto significará un paquete muy valioso no sólo para los establecimientos escolares de la provincia, sino también para su difusión en otros puntos del país. Es, insistimos, la calidad del producto lo que asegura su valor pedagógico y su demanda.

Apoyo gráfico

Cada producción, o conjuntos de ellas, podrán ser acompañadas de una guía de trabajo impresa para facilitar al educador el uso del material. No se tratará, a través de ese recurso, de ofrecer más información sobre determinado tema, sino de abrir alternativas de empleo del mensaje.

Es decir, el referente de la guía será el video y no el tema tratado. Aclarar esto es de suma importancia. En muchas propuestas educativas el afán por transmitir información es tan grande que, a la cantidad excesiva incluida en el producto audiovisual, se suma a menudo otra cantidad similar en el apoyo impreso. Y lo que queda afuera es la necesaria orientación de cómo usar el video, de cómo aprovecharlo para la práctica pedagógica.

Lo gráfico podría centrarse en guías de reflexión sobre el tema tratado, lo audiovisual y, sobre todo, en indicaciones para la práctica pedagógica en el aula. Así, se puede pensar en pequeños manuales de trabajo, más que en largos documentos dedicados a pasar información que puede encontrarse en otros textos.

Reflexión final

Insistimos, como se señaló al comienzo, en no descalificar otros modos de llevar producciones a la escuela, como puede ser, por ejemplo, el registro de información o bien la recuperación de testimonios sin mayor trabajo de cámara.

Pero los materiales elaborado hasta ahora, y la preparación del grupo base que se ocupará de los que vienen, muestra que Cultura posee recursos humanos como para intentar un esfuerzo más profesional. Por supuesto que ello requiere del tiempo suficiente y de la inversión necesaria, a fin de lograr un buen resultado y una continuidad a lo largo de por lo menos 30 producciones.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, 27 de abril de 1993